

Caminos

Por Juan Gelman

la noche camina por mi boca como un animal/
del animal derecho salen campanas suaves/
del otro nacen resplandores como almas del sur/
caminan por el dolor paso a paso/

palpan los muros del dolor/
plantan un arbolito en la mitad/
riegan la parte superior del alma/
recorren el país paso a paso/

como astros pisándome la piel/
¿quién nos ata a la espalda el calor de/
los que vieron la/
victoria?/
¿quién está haciendo eso?/
¿para que venga la victoria y se quede?/
¿con su animal derecho o dicha?/
¿con su caballo izquierdo como almitas del sur?/
¿con la dicha de su dicha mojándonos
como el sol moja al mar?/

no estoy pidiendo nada al borde de las almitas/
que perdí/
llenas de compañeros/
como cajitas que alguna vez sonarán/
andarán los caminos/

cavarán en el sol/
se apoyarán en un muro de sed/
mostrarán en la mano un papelito
donde escribieron la dirección del horizonte/
(De *Hacia el sur*, 1982)

El poeta Juan Gelman, columnista de Página/12, seleccionó especialmente los poemas de su autoría que abrirán las entregas de este suplemento. La mejor y quizás única manera de transmitir la verdadera historia de esos días.

DYN

Educación, cultura y terror

la inquisición

reportaje



ADRIANA PUIGGROS

"Estaban dispuestos a matar hasta a sus hijos"

Por Mario Wainfeld

Sherlock Holmes no tendría mayores problemas para reconstruir buena parte de la vida de Adriana Puiggrós visitando su estudio. Los libros le hablarían de una intelectual volcada a las ciencias de la educación, algunos cuadros y material electoral de Cuauhtémoc Cárdenas testimoniarían su exilio mexicano; sus hijos y su pareja aparecen en varias fotos. Su padre, el intelectual marxista Rodolfo Puiggrós, en otras. Su diploma de constituyente nacional en 1994 está bajo el vidrio del escritorio. Lo que no aparece en cambio es el período más tumultuoso de su vida, allá por los 70, interés del inicio de esta entrevista.

–¿Qué edad tenía en 1974 cuando llegó a ser decana de Filosofía de la UBA?

–31 o 32. No era tan joven...

–Para ese momento tal vez no pero ¿qué edad tiene el decano actual?

–Creo que 48 años.

–¿Qué edad tiene el decano más joven que hay hoy?

–Sanguinetti de La Plata, tiene 33, es muy joven. Pero hay otra cosa: yo era joven y mujer y de izquierda (no simplemente peronista). La revista *Así* me saca gritando como una loca, con los pelos parados, y dice "la mujer decano" (ellos siempre publicaban la mujer de dos cabezas, la niña madre, la vaca...y la mujer decano). *La Nación*, *La Prensa* estaban furiosos conmigo. La agresión era fuerte.

–Mi registro de época era que los conflictos se referían a su filiación política.

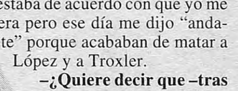
–Yo también creía entonces que era por mi filiación política. Hoy creo que no era sólo eso, se cruzaron muchas cosas. Había otras contradicciones menores, las que tenían que ver con la constitución de los campos técnicoprofesionales. La corporación de los sociólogos me resistía. Yo era la primera pedagoga que llegaba a un cargo importante. Todo eso generaba conflictos.

–La tesis de la contradicción principal (la lucha antiimperialista) funcionaba entre otras cosas minimizando otros antagonismos.

–Exactamente. No obstante, yo creo que en este período hubo una lucha por profundos cambios culturales, que se ganó. Esa juventud que, a comienzos de los 70, sin pensar que iba a perder la vida, sin pensar que se estaba jugando de veras la vida suya y la de la gente que quería, se lanzó a hacer la revolución, también lo hacía porque quería cambios culturales.

–¿Cuándo se exilió?

–En setiembre del '74, cuando intervinieron la universidad. El lugar en que quedé, puesta por voluntad propia y por las circunstancias (estaba ahí porque la vida me puso y además porque quise), exigía tener una conducta heroica y yo tenía mucho miedo. Todos los días me quería ir corriendo. Intentaron secuestrar a mi hijo mayor, intentaron secuestrar a mi hijo menor y después la triple A puso una bomba en mi casa. Me amenazaban todos los días. No obstante, me quedé hasta que intervinieron la universidad y ahí me fui. Yo estaba en una lista de la triple A en que el primero era Atilio López, el segundo era Troxler y la tercera era yo. Un día me encontré con mi hermano Sergio (fue la última vez que lo vi porque lo mataron en el '76). El no estaba de acuerdo con que yo me fuera pero ese día me dijo "andate" porque acababan de matar a López y a Troxler.



–¿Quiere decir que –tras la intervención a la UBA– mientras mucha gente se movilizaba cantando "Adriana no se va" usted pensaba en irse?

–Estaba totalmente decidida, por mí y por mis tres hijos.

–¿Qué pensó el 24 de marzo, en México, cuando se enteró del golpe?

–El golpe, para mí, fue la continuidad de lo que estaba pasando. Mi cuñada estaba presa, mi hermano perseguido, habían puesto cinco kilos de gelinita en mi casa, volaron los vidrios de cinco cuadras a la redonda... eso no es distinto a un golpe de estado. Para mí, la guerra contra la gente empezó ahí. Porque eso fue una guerra contra la gente, sin negar que hubo además una acción armada contra grupos revolucionarios.

–Pasemos de su vida a su especialidad: la educación ¿tuvo cortes abruptos durante la dictadura?

–El nivel de violencia es un cambio cualitativo. La clase dominante estaba decidida a matar a todos los opositores, aún a sus propios hijos. La lucha intergeneracional se mezclaba con la lucha cultural. Hay un documento del general Díaz Bessone que identifica los gérmenes de la subversión educativa: el pelo largo, la ropa. Los gérmenes se ubican en el campo cultural y generacional. En la educación hubo períodos (con Bruera y con Burundarena) en que se trató de cooptar a la clase media con una escuela digamos más libre, pero aclarando "antes hay que limpiar". Pero el período más importante (casi todo el gobierno de Videla salvo un primer tiempo) fue el del ministro Llerena Amadeo, que expresaba lo más recalcitrante de la Iglesia Católica.

–Ese es un aspecto de la relación de la jerarquía de la Iglesia con la dictadura que no se menciona. La jerarquía de la Iglesia tuvo una pata muy fuerte en el gobierno, en el área que más le interesa.

–Al tiempo masacraban a los que creían en la Teología de Liberación.

–El sistema institucional de la educación argentina ¿cambió mucho?

–No, el cambio se produce recién con Menem.

–Como los sindicatos.

–(risas) Claro, no hay cambios estructurales. Comienzan la transferencia a las provincias pero no avanzan mucho. El sistema educativo era muy autoritario. La burocracia daba como para que se instalara la dictadura ahí adentro. Los conservadores no querían un sistema para una elite exclusivamente, querían uno para el conjunto de la población, que disciplinara a todos.

–¿La Argentina fue un país de integración nacional autoritaria?

–Claro, en ese sentido no hay tantos cortes entre 1945 y 1955.

–¿Qué sentido tenían ciertas prohibiciones aparentemente ridículas como la de la matemática moderna o de *El Principito*?

–También prohibieron poemas de Prévert. Los libros de matemática moderna se prohibieron porque su autora era una ejemplar dirigente sindical pero también porque asociaban la teoría de los conjuntos con la subversión.

–¿Y asociaban bien o mal?

–Bien (ríe). Los represores pueden ser inteligentes. Se equivocaron pensando que el país podía volver para atrás pero no se equivocaron pensando que se podía destruir. Pero asociaban bien con lo que ellos llamaban subversión a ciertos contenidos y metodologías. Asociaron bien métodos participativos con democracia; asociaban cogobierno universitario con participación; asociaron formas nuevas de pedagogía con sindicalismo docente. Tenían razón. Prohibir *El Principito* o asesinar docentes o a los chicos en la Noche de los Lápices tiene lógica interna.



"Prohibir 'El Principito' o asesinar docentes o a los chicos en la Noche de los Lápices tiene lógica interna."

–¿Hubo oposición en ese terreno durante la dictadura?

–Habría que investigar más pero sí hubo: movimientos de cooperadores en la Capital para defender a los maestros; movimientos de padres, de docentes a favor de matemáticas modernas. Todos pequeños y localizados. Hubo experiencias de alfabetización interrumpidas por la represión y retomadas por algunos sectores de la Iglesia. Hubo resistencia dispersa, individual, inorgánica pero la hubo. La prueba de ello es que estamos acá.

–¿Cuánto tiempo fue oficialista en su vida?

– Y... con Cámpora y hasta por ahí...

(Por Noé Jitrik) Creo que los seres humanos vivimos en una dualidad. Ciertos hechos de la vida, la escuela, la espera amorosa, la amistad no nos parecerían agobiantes en su duración, somos capaces de enfrentarla; en cambio, el instante en el que nos ponen una pistola en la cabeza, cuando el bisturí va a descender sobre nuestra carne, nos parece infinito y eterno. Lo mismo que una caída, lo que podían sentir los desaparecidos cuando eran arrojados desde un avión al mar. No estoy haciendo metafísica: Toleramos la larga duración democrática, es interminable el breve tiempo de la dictadura.

Por eso, no es difícil imaginar que muchos hayan sentido que la violencia lopezreguista o la de la Junta Militar ya duraba mucho cuando se instalaron y que iría a durar muchísimo más, que eso no terminaría nunca. Por cierto, es una ilusión, una de las peores, porque actualiza una amenaza de muerte que de ordinario estamos en condiciones de posponer. La ilusión termina por desvanecerse, todas las tiranías se acaban y volvemos al tiempo de la escuela, del amor y la amistad desde luego si hemos quedado vivos, si la pistola que nos apuntaba no nos disparó, si no nos tocó ser arrojados al fondo del mar.

Me parece que dentro de estas líneas se puede continuar una reflexión sobre la irrupción del lopezreguismo y de la dictadura en la cultura argentina, la de larga y paciente duración, la del conjunto de prácticas que llevan a cabo un pueblo y una sociedad y acerca de la cual no se hace preguntas angustiosas. A partir de esa irrupción podremos preguntarnos en qué sentido inventaron, o bien en qué sentido continuaron lo que ya existía potenciándolo, qué forma le otorgaron a partir de la insoportable sensación de eternidad que irradiaban todos sus violentos actos.

Es muy difícil, por cierto, hablar de cultura dando por supuesto un acuerdo general acerca de su concepto. Yo opto por entender que se trata de un conjunto de relaciones comunicativas mediadas por lenguajes. En esa idea entran las determinaciones económicas y morales, la historia de la comunidad, el sentido del destino pero eso es obvio, lo importante es cómo esos lenguajes registran lo que va ocurriendo con el conjunto, las formas que va adoptando. Ese es el tema principal, que apenas hemos insinuado en los innumerables análisis mediante los que, aparentemente, se trató de entender qué ocurrió en la Argentina en la horrible década del 73 al 83 que parecía que no iba a terminar nunca.

Yo creo que, dejando de lado todos los detalles operacionales, por decir así, o sea modos de la violencia, métodos de la represión, incluso proyectos económicos y políticos, el lopezreguismo y la dictadura quisieron generar, a través de intuiciones salvajes, una cultura de terror, por un lado afirmándose herederos de un conjunto de cualidades –ser nacional, civilización occidental, patria, jerarquía, religión– y, por el otro, enfrentando dos principios, voz y silencio. Cultura de terror que conduce inevitablemente a la cultura de muerte por el camino de la dominación y la humillación de los cuerpos.

Eso, me parece, se puede leer con toda claridad en la idea lopezreguista del cartel colocado en 1974 en el Obelisco: "El silencio es salud". La imagen es de una promesa de país hospital, la enfermedad es el ruido y quienes lo producen son los que gritan en las calles y en las fábricas, los de la "crítica de las armas", quienes discuten y postulan, con más o menos racionalidad pero en todo caso en voz alta, ideas de cambio. Cuando empie-

reportaje



ADRIANA PUIGGROS

“Estaban dispuestos a matar hasta a sus hijos”

Por Mario Wainfeld

Sherlock Holmes no tendría mayores problemas para reconstruir buena parte de la vida de Adriana Puiggrós visitando su estudio. Los libros le hablarían de una intelectual volcada a las ciencias de la educación, algunos cuadros y material electoral de Cuauhtémoc Cárdenas testimoniarían su exilio mexicano; sus hijos y su pareja aparecen en varias fotos. Su padre, el intelectual marxista Rodolfo Puiggrós, en otras. Su diploma de constituyente nacional en 1994 está bajo el vidrio del escritorio. Lo que no aparece en cambio es el período más tumultuoso de su vida, allá por los 70, interés del inicio de esta entrevista.

–¿Qué edad tenía en 1974 cuando llegó a ser decana de Filosofía de la UBA?

–31 o 32. No era tan joven...

–Para ese momento tal vez no pero ¿qué edad tiene el decano actual?

–Creo que 48 años.

–¿Qué edad tiene el decano más joven que hay hoy?

–Sanguinetti de La Plata, tiene 33, es muy joven. Pero hay otra cosa: yo era joven y mujer y de izquierda (no simplemente peronista). La revista *Así* me saca gritando como una loca, con los pelos parados, y dice “la mujer decano” (ellos siempre publicaban la mujer de dos cabezas, la niña madre, la vaca...y la mujer decano). *La Nación*, *La Prensa* estaban furiosos conmigo. La agresión era fuerte.

–Mi registro de época era que los conflictos se referían a su filiación política.

–Yo también creía entonces que era por mi filiación política. Hoy creo que no era sólo eso, se cruzaron muchas cosas. Había otras contradicciones menores, las que tenían que ver con la constitución de los campos técnicoprofesionales. La corporación de los sociólogos me resistía. Yo era la primera pedagoga que llegaba a un cargo importante. Todo eso generaba conflictos.

–La tesis de la contradicción principal (la lucha antiimperialista) funcionaba entre otras cosas minimizando otros antagonismos.

–Exactamente. No obstante, yo creo que en este período hubo una lucha por profundos cambios culturales, que se ganó. Esa juventud que, a comienzos de los 70, sin pensar que iba a perder la vida, sin pensar que se estaba jugando de veras la vida suya y la de la gente que quería, se lanzó a hacer la revolución, también lo hacía porque quería cambios culturales.

–¿Cuándo se exilió?

–En setiembre del ‘74, cuando intervinieron la universidad. El lugar en que quedé, puesta por voluntad propia y por las circunstancias (estaba ahí porque la vida me puso y además porque quise), exigía tener una conducta heroica y yo tenía mucho miedo. Todos los días me quería ir corriendo. Intentaron secuestrar a mi hijo mayor, intentaron secuestrar a mi hijo menor y después la triple A puso una bomba en mi casa. Me amenazaban todos los días. No obstante, me quedé hasta que intervinieron la universidad y ahí me fui. Yo estaba en una lista de la triple A en que el primero era Atilio López, el segundo era Troxler y la tercera era yo. Un día me encontré con mi hermano Sergio (fue la última vez que lo vi porque lo mataron en el ‘76). El no estaba de acuerdo con que yo me fuera pero ese día me dijo “andate” porque acababan de matar a López y a Troxler.

–¿Quiere decir que –tras la intervención a la UBA– mientras mucha gente se movilizaba cantando “Adriana no se va” usted pensaba en irse?

–Estaba totalmente decidida, por mí y por mis tres hijos.

–¿Qué pensó el 24 de marzo, en México, cuando se enteró del golpe?

–El golpe, para mí, fue la continuidad de lo que estaba pasando. Mi cuñada estaba presa, mi hermano perseguido, habían puesto cinco kilos de gelinita en mi casa, volaron los vidrios de cinco cuadras a la redonda... eso no es distinto a un golpe de estado. Para mí, la guerra contra la gente empezó ahí. Porque eso fue una guerra contra la gente, sin negar que hubo además una acción armada contra grupos revolucionarios.

–Pasemos de su vida a su especialidad: la educación ¿tuvo cortes abruptos durante la dictadura?

–El nivel de violencia es un cambio cualitativo. La clase dominante estaba decidida a matar a todos los opositores, aún a sus propios hijos. La lucha intergeneracional se mezclaba con la lucha cultural. Hay un documento del general Díaz Bessone que identifica los gérmenes de la subversión educativa: el pelo largo, la ropa. Los gérmenes se ubican en el campo cultural y generacional. En la educación hubo períodos (con Bruera y con Burundarena) en que se trató de cooptar a la clase media con una escuela digamos más libre, pero aclarando “antes hay que limpiar”. Pero el período más importante (casi todo el gobierno de Videla salvo un primer tiempo) fue el del ministro Llerena Amadeo, que expresaba lo más recalcitrante de la Iglesia Católica.

–Ese es un aspecto de la relación de la jerarquía de la Iglesia con la dictadura que no se menciona. La jerarquía de la Iglesia tuvo una pata muy fuerte en el gobierno, en el área que más le interesa.

–Al tiempo masacraban a los que creían en la Teología de Liberación.

–El sistema institucional de la educación argentina ¿cambió mucho?

–No, el cambio se produce recién con Menem.

–Como los sindicatos.

–(risas) Claro, no hay cambios estructurales. Comienzan la transferencia a las provincias pero no avanzan mucho. El sistema educativo era muy autoritario. La burocracia daba como para que se instalara la dictadura ahí adentro. Los conservadores no querían un sistema para una elite exclusivamente, querían uno para el conjunto de la población, que disciplinara a todos.

–¿La Argentina fue un país de integración nacional autoritaria?

–Claro, en ese sentido no hay tantos cortes entre 1945 y 1955.

–¿Qué sentido tenían ciertas prohibiciones aparentemente ridículas como la de la matemática moderna o de *El Principito*?

–También prohibieron poemas de Prévert. Los libros de matemática moderna se prohibieron porque su autora era una ejemplar dirigente sindical pero también porque asociaban la teoría de los conjuntos con la subversión.

–¿Y asociaban bien o mal?

–Bien (ríe). Los represores pueden ser inteligentes. Se equivocaron pensando que el país podía volver para atrás pero no se equivocaron pensando que se podía destruir. Pero asociaban bien con lo que ellos llamaban subversión a ciertos contenidos y metodologías. Asociaron bien métodos participativos con democracia; asociaban cogobierno universitario con participación; asociaron formas nuevas de pedagogía con sindicalismo docente. Tenían razón. Prohibir *El Principito* o asesinar docentes o a los chicos en la Noche de los Lápices tiene lógica interna.

“Prohibir ‘El Principito’ o asesinar docentes o a los chicos en la Noche de los Lápices tiene lógica interna.”

–¿Hubo oposición en ese terreno durante la dictadura?

–Habría que investigar más pero sí hubo: movimientos de cooperadores en la Capital para defender a los maestros; movimientos de padres, de docentes a favor de matemáticas modernas. Todos pequeños y localizados. Hubo experiencias de alfabetización interrumpidas por la represión y retomadas por algunos sectores de la Iglesia. Hubo resistencia dispersa, individual, inorgánica pero la hubo. La prueba de ello es que estamos acá.

–¿Cuánto tiempo fue oficialista en su vida?

– Y... con Cámpora y hasta por ahí...

Voces y SILENCIOS

El golpe transformó el terror lopezreguista en la cultura del silencio. A los desaparecidos concretos se sumó la desaparición figurada de quienes no se veían ni hablaban más, a la censura editorial se sumó la autocensura de quienes espontáneamente ocultaban sus libros o los quemaban, a la vocación de hacer política la reemplazó, generalizadamente, una reclusión que incluía ocuparse de esoterismos o deportes.

(Por Noé Jitrik) Creo que los seres humanos vivimos en una dualidad. Ciertos hechos de la vida, la escuela, la espera amorosa, la amistad no nos parecerían agobiantes en su duración, somos capaces de enfrentarla; en cambio, el instante en el que nos ponen una pistola en la cabeza, cuando el bisturí va a descender sobre nuestra carne, nos parece infinito y eterno. Lo mismo que una caída, lo que podían sentir los desaparecidos cuando eran arrojados desde un avión al mar. No estoy haciendo metafísica: Toleramos la larga duración democrática, es interminable el breve tiempo de la dictadura.

Por eso, no es difícil imaginar que muchos hayan sentido que la violencia lopezreguista o la de la Junta Militar ya duraba mucho cuando se instalaron y que iría a durar muchísimo más, que eso no terminaría nunca. Por cierto, es una ilusión, una de las peores, porque actualiza una amenaza de muerte que de ordinario estamos en condiciones de posponer. La ilusión termina por desvanecerse, todas las tiranías se acaban y volvemos al tiempo de la escuela, del amor y la amistad desde luego si hemos quedado vivos, si la pistola que nos apuntaba no nos disparó, si no nos tocó ser arrojados al fondo del mar.

Me parece que dentro de estas líneas se puede continuar una reflexión sobre la irrupción del lopezreguismo y de la dictadura en la cultura argentina, la de larga y paciente duración, la del conjunto de prácticas que llevan a cabo un pueblo y una sociedad y acerca de la cual no se hace preguntas angustiosas. A partir de esa irrupción podremos preguntarnos en qué sentido inventaron, o bien en qué sentido continuaron lo que ya existía potenciándolo, qué forma le otorgaron a partir de la insoportable sensación de eternidad que irradiaban todos sus violentos actos.

Es muy difícil, por cierto, hablar de cultura dando por supuesto un acuerdo general acerca de su concepto. Yo opto por entender que se trata de un conjunto de relaciones comunicativas mediadas por lenguajes. En esa idea entran las determinaciones económicas y morales, la historia de la comunidad, el sentido del destino pero eso es obvio, lo importante es cómo esos lenguajes registran lo que va ocurriendo con el conjunto, las formas que va adoptando. Ese es el tema principal, que apenas hemos insinuado en los innumerables análisis mediante los que, aparentemente, se trató de entender qué ocurrió en la Argentina en la horrible década del 73 al 83 que parecía que no iba a terminar nunca.

Yo creo que, dejando de lado todos los detalles operacionales, por decir así, o sea modos de la violencia, métodos de la represión, incluso proyectos económicos y políticos, el lopezreguismo y la dictadura quisieron generar, a través de intuiciones salvajes, una cultura de terror, por un lado afirmándose herederos de un conjunto de cualidades –ser nacional, civilización occidental, patria, jerarquía, religión– y, por el otro, enfrentando dos principios, voz y silencio. Cultura de terror que conduce inevitablemente a cultura de muerte por el camino de la dominación y la humillación de los cuerpos.

Eso, me parece, se puede leer con toda claridad en la idea lopezreguista del cartel colocado en 1974 en el Obelisco: “El silencio es salud”. La imagen es de una promesa de país hospital, la enfermedad es el ruido y quienes lo producen son los que gritan en las calles y en las fábricas, los de la “crítica de las armas”, quienes discuten y postulan, con más o menos racionalidad pero en todo caso en voz alta, ideas de cambio. Cuando empieza la Triple A a hacer de las suyas el primer efecto se logra, se instala un silencio de cripta; de hecho, muchos que solían encontrarse en otros lugares sólo se ven ahora en los cementerios y cada vez menos, susurran nombres en listas, desaparecen de la circulación. El segundo efecto es conocido: Los grupos se disgregan, las conversaciones cesan, ciertos autores antes autorizantes de la crítica son censurados, la Universidad es cercada y las calles son patrulladas, sólo para dar impunidad a la Triple A y a Libertadores de América, no seguridad. El resultado cultural es violento y rápido, de cese, el silencio cunde, el lenguaje cambia, se hace tranquilo y “objetivo”, prudente en los diarios y en el Parlamento, más vale guardarse.

Pero decir “silencio” no quiere decir para todos: El discurso oficial intenta llenar todo el espacio público, lo que da lugar a una paradójica explosión de altavoces y estridencias: El Tula, con sus tambores en todos los actos de apoyo al dúo Isabel/López Rega y sus secuaces, rompe los oídos lo mismo que los chistes vulgares de los cómicos en la radio y la televisión y, poco a poco, el surgimiento de una histeria vocal de la que no nos hemos curado todavía. Quienes no querían ceder y debían resistir, aunque todavía no fueran perseguidos, eran confinados a un silencio que era prisión, desde luego –no poder reunirse, no poder hablar, no poder escribir ni publicar– y, al mismo tiempo, posibilidad de estrategia. La imagen, más actual, de las “Marchas del Silencio” en Catamarca, con sus efectos letales para con la corrupción política, me parece que sintetiza, en su figura y sus alcances, lo que ya entonces estaba en juego: A la corta y a la larga se pudo resistir desde el confinamiento, se pudo cambiar el signo en las relaciones entre hablar y callar.

Los militares hicieron más de lo mismo pero ampliando el registro; lo sustentaron en el plan económico de Martínez de Hoz y en los delirantes proyectos de país global, potencia, de los cuales el de Díaz Bessone fue un texto ya en su momento hilarante si no hubiera sido la síntesis y culminación de lo que siempre habían pensado los militares y acaso sigan pensando todavía. Entre esas dos líneas establecieron su sistema de terror. Ya sabemos en qué consistió y cuál es el saldo final. También que hasta cierto punto tuvo éxito si se considera la actual política económica, la falta real de castigo a quienes imaginaron y realizaron las peores aberraciones que registra la historia del Estado argentino, la sensación de que ni siquiera hubo borrón y cuenta nueva, lo cual tampoco habría sido un triunfo de las víctimas, y que los valores que predominan en la moral política y en la cultura del país tomaron forma durante la dictadura.

El terror cercano o difuso, los ruidos de autos llevándose por la violencia a familias enteras, los niños robados, la cercanía o las noticias de los pozos, las informaciones que se filtraban, el rígido control sobre la prensa y, sobre todo, la capa de plomo que cubría la superficie de la comunicación pública consolidaron la cultura del silencio a la que hice alusión; a los desaparecidos concretos se sumó la desaparición figurada de quienes no se veían ni hablaban más, a la censura editorial se sumó la autocensura de quienes espontáneamente ocultaban sus libros o los quemaban, a la vocación de hacer política la reemplazó, generalizadamente, una reclusión que incluía ocuparse de esoterismos o deportes.

Pero, como antes, la dictadura promovió sustituciones cuyos efectos fueron múltiples; sólo quiero mencionar dos: Por un lado una especie de ridícula ultracorrección, apoyada en un lenguaje sin desniveles ni discrepancias, por el otro el ulular orgasmático de las canchas de fútbol y su correlativo griterío en la televisión. De hecho, la dictadura se había apropiado del lenguaje y frente a eso no había más que dos caminos: Aceptar esa apropiación o encontrar nuevas formas de luchas contra ella.

Se me ocurre que muchos, intelectuales o no, se dejaron atrapar por la primera opción; los gritones de la televisión desde luego pero también otros, que se las daban de pensadores o escritores, no hay más que recordar de qué modo glosaron el Mundial del ‘78, la “gesta” de las Malvinas y se prestaron al denigramiento que la dictadura hacía de las denuncias realizadas en el exterior; pero también hay que señalar que por vía de esa apropiación, ese lenguaje –militar, policial, estatal– penetró en la espontaneidad lingüística de muchos que, aún hoy, lo emplean, no digamos los grotescos “positivo” y “negativo” sino la jerga de sumariantes que creen indispensables para opinar, así sea sobre un choque. Otros, en cambio, fueron encontrando el modo de decir desde el silencio: No es sino eso la corrosiva idea, para la dictadura, de la caminata en torno de la Pirámide de Mayo de las madres de los desaparecidos; no es sino eso el lento trabajo crítico que se fue llevando a cabo sobre los lenguajes y que puso de manifiesto sus resultados apenas la dictadura se retiró, en la literatura y, sobre todo, en el periodismo, pero también en la teoría y en la política. Apenas se acabaron las trabas, el periodismo, en diarios, radios y aun en la televisión, estalló y, en algunos casos, mostró un lenguaje nuevo, sin tapujos, sexualizado y directo, más rico y analítico, menos propicio a la agachada expresiva. Apenas se volvió a dar lugar al debate político se sintió, al menos, que la repetición, las consignas, las citas de autoridad, las teologías, las tradiciones y las imposturas olían a viejo, lo que no quiere decir que todo eso no haya proseguido. En el campo literario fue más fácil admitir que la literatura es una aventura de la palabra y la imaginación y no una mera sucursal de la realidad inmediata: No me extraña que Massera haya reaccionado recientemente con más violencia a una novela que a las acusaciones de los fiscales. En la teoría, el desarrollo del psicoanálisis modificó costumbres epistemológicas aunque no haya aumentado el número de los neuróticos curados. Todo eso es fruto del silencio, se gestó en esa atmósfera y contrarrestó su negatividad externa.

El proceso militar me encontró, no por azar, lejos del país. Lo seguí, lo traté de entender; comprendí, ante todo, que no podía abarcar sus efectos culturales en su totalidad y eso me hizo sensible a manifestaciones acaso secundarias pero para mí reveladoras; yo creo que en el modo de enunciar una frase aparece la entera y total construcción que hace la sociedad y que es eso lo que se puede examinar desde los modestos recursos con que se cuenta. La dictadura caló, en ese sentido, hondamente; muchos siguen atados al país que prometía a través de modos de relacionarse con la realidad, costumbres y lenguajes; todavía no iniciaron la crítica, a saber una reflexión acerca de cómo el proyecto de terror pudo haberles condicionado la vida, el pensamiento y el alma. Por eso rechazan los intentos de quienes, infatigables, no dan el proceso por concluido.

Sobre eso quiero decir que esos intentos son válidos, no son malintencionados, como lo pretenden quienes predican un borrón y cuenta nueva que no sólo no devuelve a los muertos ni a la verdad de sus muertes sino que tiende a garantizar a los victimarios. Lo prueban los recordatorios que salen todos los días. Lo prueba el episódico y temible regreso a la escena pública de protagonistas del plan de muerte. Alguno, como Bussi, para burla de la historia, sostenido por el voto popular.



Voces y SILENCIOS

El golpe transformó el terror lopezreguista en la cultura del silencio. A los desaparecidos concretos se sumó la desaparición figurada de quienes no se veían ni hablaban más, a la censura editorial se sumó la autocensura de quienes espontáneamente ocultaban sus libros o los quemaban, a la vocación de hacer política la reemplazó, generalizadamente, una reclusión que incluía ocuparse de esoterismos o deportes.

za la Triple A a hacer de las suyas el primer efecto se logra, se instala un silencio de cripta; de hecho, muchos que solían encontrarse en otros lugares sólo se ven ahora en los cementerios y cada vez menos, susurran nombres en listas, desaparecen de la circulación. El segundo efecto es conocido: Los grupos se disgregan, las conversaciones cesan, ciertos autores antes autorizantes de la crítica son censurados, la Universidad es cercada y las calles son patrulladas, sólo para dar impunidad a la Triple A y a Libertadores de América, no seguridad. El resultado cultural es violento y rápido, de cese, el silencio cunde, el lenguaje cambia, se hace tranquilo y "objetivo", prudente en los diarios y en el Parlamento, más vale guardarse.

Pero decir "silencio" no quiere decir para todos: El discurso oficial intenta llenar todo el espacio público, lo que da lugar a una paradójica explosión de altavoces y estridencias: El Tula, con sus tambores en todos los actos de apoyo al dúo Isabel/López Rega y sus secuaces, rompe los oídos lo mismo que los chistes vulgares de los cómicos en la radio y la televisión y, poco a poco, el surgimiento de una histeria vocal de la que no nos hemos curado todavía. Quienes no querían ceder y debían resistir, aunque todavía no fueran perseguidos, eran confinados a un silencio que era prisión, desde luego –no poder reunirse, no poder hablar, no poder escribir ni publicar– y, al mismo tiempo, posibilidad de estrategia. La imagen, más actual, de las "Marchas del Silencio" en Catamarca, con sus efectos letales para con la corrupción política, me parece que sintetiza, en su figura y sus alcances, lo que ya entonces estaba en juego: A la corta y a la larga se pudo resistir desde el confinamiento, se pudo cambiar el signo en las relaciones entre hablar y callar.

Los militares hicieron más de lo mismo pero ampliando el registro; lo sustentaron en el plan económico de Martínez de Hoz y en los delirantes proyectos de país global, potencia, de los cuales el de Díaz Bessone fue un texto ya en su momento hilarante si no hubiera sido la síntesis y culminación de lo que siempre habían pensado los militares y acaso sigan pensando todavía. Entre esas dos líneas establecieron su sistema de terror. Ya sabemos en qué consistió y cuál es el saldo final. También que hasta cierto punto tuvo éxito si se considera la actual política económica, la falta real de castigo a quienes imaginaron y realizaron las peores aberraciones que registra la historia del Estado argentino, la sensación de que ni siquiera hubo borrón y cuenta nueva, lo cual tampoco habría sido un triunfo de las víctimas, y que los valores que predominan en la moral política y en la cultura del país tomaron forma durante la dictadura.

El terror cercano o difuso, los ruidos de autos llevándose por la violencia a familias enteras, los niños robados, la cercanía o las noticias de los pozos, las informaciones que se filtraban, el rígido control sobre la prensa y, sobre todo, la capa de plomo que cubría la superficie de la comunicación pública consolidaron la cultura del silencio a la que hice alusión; a los desaparecidos concretos se sumó la desaparición figurada de quienes no se veían ni hablaban más, a la censura editorial se sumó la autocensura de quienes espontáneamente ocultaban sus libros o los quemaban, a la vocación de hacer política la reemplazó, generalizadamente, una reclusión que incluía ocuparse de esoterismos o deportes.

Pero, como antes, la dictadura promovió sustituciones cuyos efectos fueron múltiples; sólo quiero mencionar dos: Por un lado una especie de ridícula ultracorrección, apoyada en un lenguaje sin desniveles ni discrepancias, por el otro el ulular orgasmático de las canchas de fútbol y su correlativo griterío en la televisión. De hecho, la dictadura se había apropiado del lenguaje y frente a eso no había más que dos caminos: Aceptar esa apropiación o encontrar nuevas formas de luchas contra ella.

Se me ocurre que muchos, intelectuales o no, se dejaron atrapar por la primera opción; los gritones de la televisión desde luego pero también otros, que se las daban de pensadores o escritores, no hay más que recordar de qué modo glosaron el Mundial del '78, la "gesta" de las Malvinas y se prestaron al denigramiento que la dictadura hacía de las denuncias realizadas en el exterior; pero también hay que señalar que por vía de esa apropiación, ese lenguaje –militar, policial, estatal– penetró en la espontaneidad lingüística de muchos que, aún hoy, lo emplean, no digamos los grotescos "positivo" y "negativo" sino la jerga de sumariantes que creen indispensables para opinar, así sea sobre un choque. Otros, en cambio, fueron encontrando el modo de decir desde el silencio: No es sino eso la corrosiva idea, para la dictadura, de la caminata en torno de la Pirámide de Mayo de las madres de los desaparecidos; no es sino eso el lento trabajo crítico que se fue llevando a cabo sobre los lenguajes y que puso de manifiesto sus resultados apenas la dictadura se retiró, en la literatura y, sobre todo, en el periodismo, pero también en la teoría y en la política. Apenas se acabaron las trabas, el periodismo, en diarios, radios y aun en la televisión, estalló y, en algunos casos, mostró un lenguaje nuevo, sin tapujos, sexualizado y directo, más rico y analítico, menos propicio a la agachada expresiva. Apenas se volvió a dar lugar al debate político se sintió, al menos, que la repetición, las consignas, las citas de autoridad, las teologías, las tradiciones y las imposturas olían a viejo, lo que no quiere decir que todo eso no haya proseguido. En el campo literario fue más fácil admitir que la literatura es una aventura de la palabra y la imaginación y no una mera sucursal de la realidad inmediata: No me extraña que Massera haya reaccionado recientemente con más violencia a una novela que a las acusaciones de los fiscales. En la teoría, el desarrollo del psicoanálisis modificó costumbres epistemológicas aunque no haya aumentado el número de los neuróticos curados. Todo eso es fruto del silencio, se gestó en esa atmósfera y contrarrestó su negatividad externa.

El proceso militar me encontró, no por azar, lejos del país. Lo seguí, lo traté de entender; comprendí, ante todo, que no podía abarcar sus efectos culturales en su totalidad y eso me hizo sensible a manifestaciones acaso secundarias pero para mí reveladoras; yo creo que en el modo de enunciar una frase aparece la entera y total construcción que hace la sociedad y que es eso lo que se puede examinar desde los modestos recursos con que se cuenta. La dictadura caló, en ese sentido, hondamente; muchos siguen atados al país que prometía a través de modos de relacionarse con la realidad, costumbres y lenguajes; todavía no iniciaron la crítica, a saber una reflexión acerca de cómo el proyecto de terror pudo haberles condicionado la vida, el pensamiento y el alma. Por eso rechazan los intentos de quienes, infatigables, no dan el proceso por concluido.

Sobre eso quiero decir que esos intentos son válidos, no son malintencionados, como lo pretenden quienes predican un borrón y cuenta nueva que no sólo no devuelve a los muertos ni a la verdad de sus muertes sino que tiende a garantizar a los victimarios. Lo prueban los recordatorios que salen todos los días. Lo prueba el episódico y temible regreso a la escena pública de protagonistas del plan de muerte. Alguno, como Bussi, para burla de la historia, sostenido por el voto popular.

Opinión

Por Mempo Giardinelli

Aquel 21 de marzo del '76

La vida, en aquellos días, no era fácil. La economía –ese karma de los argentinos– determinaba también entonces nuestra angustia cotidiana. Yo era muy joven y tenía mujer y dos hijitas, la última de sólo tres meses. Andaba a los saltos, prácticamente con tres trabajos: me levantaba a las seis, y de 7 a 13 era redactor del diario *Crónica*, 5ª edición. De 13 a 19 lo era de la revista *Siete Días*, en la vieja Editorial Abril de Paraguay y Alem. Y algunas noches colaboraba en una revista de humor que se llamó *Mengano* y que capitaneaba Carlos Marcucci, el Negro Dolina y Ricardo Parrota. Quién sabe de dónde nos quedaba resto para el humor, si además la censura era tremenda. Y el miedo paralizante.

Pero sobrevivíamos, creo, porque éramos jóvenes y nos sobraba polenta. Nos habían ido arrinconando, sí, pero no nos habían asesinado ninguna ilusión. Uno se replegaba hacia adentro, hacia los amigos que quedaban de la militancia y las luchas de la vieja Asociación de Periodistas de Buenos Aires, y en la pequeña solidaridad que todavía era posible en medio de tantos secuestros, muertes y torturas. Por entonces ya escribía mis primeras, secretas narraciones; y a la vez que hacía las cuentas para pagar alquiler, mamaderas y pañales, también llevaba la cuenta de todo lo que no iba a olvidar ni perdonar jamás.

Aquel domingo 21 de marzo era obvio lo que se venía. Era cuestión de horas: el gobierno ineficiente de Isabel, el caos justicialista, la Triple A de López Rega, la violencia generalizada, el terror imperante, prenunciaban el golpe. Almorzamos los rigurosos ravioles con estofado de mi suegra, y a la siesta no pude dormir pensando en lo que se venía, en mi resistencia a irme del país, en la imposibilidad económica de viajar los cuatro, en el pánico si nos quedábamos. Faltaban sólo siete meses para las elecciones, pero parecían siglos. No era el rumor, sino el silencio, lo que en las calles resonaba. Y encima ya se respiraba un aire ambiguo: mezcla de impotencia, resentimiento y también alivio (para muchos). Los que apostaban al fin del isabelismo a cualquier costo se montaban sobre el hartazgo de la gente. Algunos insistían en el viejo disparate de que "cuanto peor, mejor". Y la frase hecha: "Esto no se aguanta más", ya entonces era popular.

Me pasé aquella siesta evocando el 28 de junio del '66: yo tenía 18 años y el golpe de Onganía contra Illia me hizo ver dos cosas que parecían revivir en este domingo de marzo del '76: una, que el golpe gozaba de la aprobación de muchos y el gobierno constitucional la defensa de nadie. Y dos, que desde entonces y para siempre yo iba a llorar todos los golpes de Estado. Nunca ninguno, en ninguna circunstancia y bajo ninguna condición, me alegraría.

También por eso sentía tanto miedo, soledad y desamparo.

"Ni en mil años"

El primer ministro de Rhodesia, Ian Smith, afirmó hoy ante más de cincuenta periodistas que en su país "jamás se llegará a un gobierno de mayoría negra, ni siquiera en mil años". El gobernante agregó sin embargo que creía "en la colaboración de negros y blancos". Por su parte, JoshuaNkomo, líder del Congreso Nacional Africano, al que también pertenecen activistas de la vecina Sudáfrica, como Nelson Mandela, actualmente en prisión, estimó que "el incremento de las guerrillas debe ser la consecuencia natural de la ruptura de las conversaciones" con el régimen de Rhodesia.



María Estela Martínez de Perón pasa revista a una formación militar, como presidente de la Nación. Luego fue sacada en helicóptero y destituída por las mismas fuerzas.

Domingo de fútbol en un país que parece resignado

Con el CUCHILLO en la GARGANTA

Página/12 DOMINGO 21 DE MARZO DE 1976

(Por Luis Bruschtein) Quilmes le ganó a River y Boca le ganó por un pelo a San Telmo. Pero Huracán sigue dando espectáculos de lujo y le ganó 5 a 1 a Ferro. Hoy domingo no funcionan las oficinas del gobierno ni los partidos y aunque todos aseguran que esta semana será decisiva para el desenlace de la crisis y que el cuchillo del golpe ya está sobre la garganta del país, la actividad política se redujo al mínimo. Lo que no para ni en feriado es la escalada de violencia. Grupos guerrilleros atacaron hoy a dos instalaciones policiales en tanto aparecieron cinco nuevos cadáveres acribillados a balazos y se denunció el secuestro de dirigentes gremiales.

Los ataques guerrilleros se produjeron por la madrugada contra los puestos de vigilancia del cuartel central del Cuerpo de Infantería y de la escuela superior de la Policía de la Provincia de Buenos Aires sin que se verificaran víctimas. En Don Torcuato, Campana y Avellaneda fueron encontrados los cuerpos de tres hombres y una mujer acribillados a balazos con los ojos vendados y las manos atadas. En Morón, otro grupo que se presentó como de la policía dio muerte al sindicalista Rosario Arede, titular del Sindicato del Cuero local. A su vez, en La Plata se denunció que había sido secuestrado el sindicalista de Sanidad Eugenio Oraziuk, lo que motivó que la CGT y las 62 Organizaciones de Berisso y Ensenada se declararan en estado de alerta, aunque más tarde trascendió que estaba detenido en la comisaría octava. En Bahía Blanca fue asesinado un empleado docente de la Universidad Nacional del Sur. Néstor del Río había sido herido en un intento de secuestro, por lo que estaba internado en el Hospital Militar. Hoy entraron cuatro personas fuertemente armadas y lo remataron en su cama.

La confusión entre las detenciones y los secuestros ya no engaña a nadie por la similitud de los procedimientos, y la única diferencia está en el destino final de las víctimas. Con suerte puede aparecer en una comisaría, como le pasó a Oraziuk o, como sucede en la mayoría de los casos, acribillado a tiros en un zanjón. Los protagonistas actúan con total tranquilidad, dando la sensación de que conocen el terreno y no esperan la reacción policial ni de ninguna otra autoridad. Ninguno de los cientos de secuestros y asesinatos que se cometieron desde el surgimiento de la Triple A hasta ahora ha sido esclarecido ni investigado. Sin embargo, en el lenguaje público de las autoridades, de los políticos y de la prensa, se atribuyen los crímenes a extremistas de ultraderecha, cuando es evidente para todos que no podría existir una organización de este tipo y que en realidad sucede que las Fuerzas Armadas y de seguridad se han convertido en el mayor peligro criminal en este país.

La mayoría de los políticos dan todo por perdido. Sólo unos pocos apuestan a la multipartidaria y la comisión bicameral como forma de frenar el golpe. Hubo ataques de la guerrilla que permanece impermeable al peligro de golpe, mientras las Fuerzas Armadas siguen su camino hacia el poder y mantienen la secuela de secuestros y asesinatos.

En el plano político parece difícil de resolver el enredo creado por la pérdida de representatividad de la presidenta María Estela Martínez y su gobierno, y la amenaza de golpe militar. El sector de la oposición que priorice su enfrentamiento con el gobierno puede quedar entrampado en los planes golpistas. Paradójicamente esto sucede con algunos sectores del propio justicialismo, de la izquierda y las organizaciones guerrilleras. En contrapartida, aquellos más preocupados por el golpismo corren el riesgo de someterse a las presiones de los grupos más verticalistas de un gobierno desprestigiado, sin apoyo, e incapaz de capear el temporal.

En esta última situación ha quedado apretado el jefe radical Ricardo Balbín, quien en las últimas semanas atenuó sus críticas a Isabel y se esfuerza por incorporar al oficialismo a una multipartidaria y por crear un comisión bicameral que refuerce y controle los actos de gobierno. Pero para convencerlos de estas medidas debió hacer tantas concesiones que prácticamente las neutralizan.

Desde los sectores antiverticalistas del justicialismo, encabezados por el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Victorio Calabró, y unnutrido grupo de legisladores, se afirma que la mejor forma de alimentar el golpismo es sostener a María Estela Martínez en la presidencia y piden la convocatoria de la Asamblea Legislativa con el objetivo de destituir a la viuda de Perón. Es difícil saber qué políticos tienen más aceitadas sus relaciones con los militares, pero desde las agrupaciones que acudirán a la multipartidaria se deja deslizar que el antiverticalismo tiene elementos claramente golpistas. Hoy siguieron los contactos entre justicialistas verticalistas y radicales donde los primeros tratan de convencer a la principal fuerza de oposición para que apruebe la intervención a la provincia de Buenos Aires y el desplazamiento de Calabró. La desgracia de este juego es que los verticalistas no aceptan las críticas a Isabel y sólo entran en el juego negociador para sostenerla en el poder.

El Partido Revolucionario Cristiano, que también participa en las conversaciones, advirtió, sin embargo, que "la crisis sólo podrá ser superada en la medida en que se dé al pueblo la oportunidad de desplazar electoralmente al grupo encaramado en el poder, hasta hoy empeñado en desgobernar a la República y demostrando su incapacidad de renunciamiento patriótico". Los revolucionarios cristianos propusieron la convocatoria a elecciones, un cambio de política económica y que se ponga fin a la escalada de violencia.

En este marco de escepticismo y con tan poco margen de acción, mañana Felipe Deolindo Bittel y Ricardo Balbín se reunirán con dirigentes de los partidos Intransigente, Revolucionario Cristiano, Comunista y Socialista Popular con la finalidad de convocar a la Multipartidaria y la Comisión Bicameral.

Ejército Simbionés de Liberación

Patricia Hearst, hija de uno de los mayores empresarios de la comunicación de Estados Unidos, fue declarada culpable ayer y aguarda la sentencia por haber asaltado un banco de San Francisco con otros miembros del Ejército Simbionés de Liberación, un grupo guerrillero que plantea la simbiosis revolucionaria entre las distintas razas del mundo. Los padres de Patty Hearst gastaron varios cientos de miles de dólares en la defensa de su hija, aunque no pudieron evitar su condena. En la cárcel de la localidad de San Mateo, donde aguarda la sentencia, Patty espera que se tenga en cuenta su disposición a declarar contra sus ex camaradas.